

«El furor de los Yorkinos contra Pedraza habia llegado á tal extremo en Méjico, que en logia plena, se decretó su asesinato, si llegaba á reunir los votos para la presidencia.

«Igual proposicion se ha hecho en la logia de Veracruz, y se citan los sugetos que deben marchar á Méjico con esta comision.

«De los españoles que habian quedado en Veracruz y debian salir en todo Diciembre, se ha hecho una leba y los han puesto en la cárcel para espulsarlos.

«En resumen, este es un pais perdido, donde reina la anarquia más completa; nadie se entiende ya. El gefe militar que tiene mil hombres bajo sus órdenes, impera y tiraniza, todo un Estado, sin reconocer al Congreso, y los tribunales.

«El Castillo de San Juan de Ulúa, está mandado por un jóven Capitan, ayudante de Rincon y guarnecido de 200 hombres del noveno batallon, y la mitad de los soldados están casi todo el día en la Ciudad, en la que hay muy escasa guarnicion, habiendo salido los dos batallones que habia para Jalapa. Seria la mejor ocasion para una atrevida empresa sobre el Castillo de San Juan de Ulúa. Remito á V. esos diarios, que le darán á V. algunos detalles, del modo como está este teatro.»



Preparativos para la Reconquista.

Del Castillo de

San Juan de Ulúa y Veracruz.

En el instante, que recibí la correspondencia, escribí un billete á Vives, diciéndole que tenia cartas de Veracruz de la mayor importancia, y que esperaba en mi posada sus órdenes. Se lo remití por conducto del Sr. Gómez, y este me hizo esperar en su casa hasta la buelta de Palacio. No se hizo esperar, á la media hora vino en el Quitrin, acompañado de Vives, que sin apearse me hizo ocupar la plaza del Sr. Gómez, y mandó al cochero que se dirigiese á la Calzada de San Lázaro, donde hizo parar el carruage á la puerta de una casa grande, perteneciente á un comerciante de la ciudad, amigo suyo, que despues de evacuar sus negocios en la plaza, acostumbraba ir á comer y dormir con su familia. Era una casa de campo ó de recreo. La Señora y familia, nos recibieron perfectamente, y despues de haber hablado el Señor Vives con la Señora en particular, nos introdujo en el Jardin de una especie de glorieta ó Pabellon; y despues de haber cerrado la puerta, quedamos solos Vives y yo. El gabinete estaba alajado con lujo, y mucho gusto.

«¿Bien, qué tenemos de Veracruz?» me preguntó Vives. Le saqué las dos cartas que acababa de recibir. Las leyo, y se puso en extremo contento. «Aquello debe ser un infierno, en medio de la anarquia que allí reina; debemos de aprobchar de ella, para realizar la expedicion. ¿Qué le parece á V.?» me preguntó Vives. «Que no debemos perder un instante en realizar la expedicion,» le repuse yo.

Se quedó Vives un poco meditabundo y luego me dijo: «Puedo sacar tres mil hombres de la guarnicion de la Isla, sin desantender la seguridad de ella. ¿Pero qué gefe cree V.

que sea capaz de mandar una empresa de tanta importancia?» «El general Miranda Cabezon, es viejo y esta pesado. Esta dedicada operacion, requiere robustez y juventud, para llevarla á cabo. El más apropiado de cuantos hay en la Habana, es el Brigadier D. Antonio La Oliva, coronel del Regimiento de Cataluña. Sobre ser de buena edad, es un buen oficial y conoce á Veracruz, por haber estado allí de guarnicion, y batirse en sus calles contra los Megicanos, que le conocen bien, y tienen recuerdo de su bizarria.» «Estoy conforme con su opinion de V., me replicó, y él será el que mande la espedicion. Le llevará V. una carta mía, para que concierten Ustedes ambos, lo más conveniente.»

«¿Y los medios de transporte?» me preguntó Vives. «No hablemos Señor Vives de transportes ó barcos mercantes para acacarrear tropas; ese medio es muy largo, sobre ser muy costoso, por tener que fabricar los sollados ó cuarteles, y con la tardanza del embarque, pueden los enemigos adivinar ó llegar á saber el verdadero objeto á que se dirija la espedicion.

«Se deben embarcar todos los soldados á bordo de los buques de guerra, en dos dias, y todos los biveres, municiones y artillería, y en una noche lo que quede de tropa y pertechos, y al amanecer, hacerse á la vela, cerrando el puerto, por dos ó tres dias, para que en el intermedio no pueda salir ningun barco, á dar aviso al enemigo, de la salida de escuadra.» «¡Buen pensamiento! me dijo Vives» y me añadió: «aquí tenemos tintero, pluma y papel, y voy á escribir la esquila al Coronel La Oliva y vease V. con él, esta misma noche; y vámonos, que son las tres de la tarde. Si evacuando V. pronto todos los puntos de la conferencia puede ir á Palacio vaya Ud. á las ocho de la noche á mi despacho, y sino, mañana á las siete de la mañana no falte V. porque urge trabajar ahora con actividad.»

Nos despedimos de las Señoras de la casa, subimos al Quitrín y en un instante estuvimos en la puerta de la ciudad. Allí me apié y tomé una volanta de alquiler, y fui al cuartel del Regimiento de Cataluña, donde vivía su coronel La Oliva.

Pregunté al centinela por el coronel, que habia salido á la ciudad. Subí á su habitacion, y á su ama de gobierno pedí recado de escribir, y en un billete le decia que me esperase á las ocho de aquella misma noche sin falta, en su habitacion, para tratar asuntos de la mayor importancia.

Fui seguidamente á mi posada á comer, porque no habia tomado bocado en todo el día. A las ocho me encaminé á ver al Coronel La Oliva. Me recibió muy bien, y se mostró en extremo cariñoso cuando le entregué y leyó la carta del Capitan General. «Creo haber visto á Ud. antes de ahora, en el despacho del capitan general,» me dijo el Brigadier. «Sí, tiene V. razon, señor Brigadier, el dia que estaba V. en compañía del Señor General Miranda Cabezon, en el despacho del Sr. Vives.» «Justamente »

«¿Ahora, qué decirme, amigo mio. de parte del Capitan General?» «Cierre V. primero las puertas, para que nadie nos oiga.» Cerró las puertas y me llebó á un gabinete muy interior, de su habitacion. «Nadie nos puede oír aquí, por recio que se hable». Impaciente, exclamó: ¿Vamos por fin, qué tiene V. que decirme?»

Entónces puse en su conocimiento los trabajos y operaciones que traíamos entre manos el Capitan General y yo en Veracruz, su estado actual, las noticias que acababa de recibir por el paquete inglés, que se las leí, y que en la conferencia que tubimos los dos á las tres de la tarde, habiamos convenido lo útil y conveniente que prontamente se realizase una espedicion de tres mil hombres sobre el Castillo de San Juan de Ulúa y Veracruz; y le demostré el plan de campaña: y por último, que habiéndome preguntado Vives de qué gefe echaria mano, yo le habia dicho que del Brigadier D. Antonio de La Oliva y eso fue el motivo de darme esa carta para V.»

La Oliva se quedó absorto, casi alelado de la relacion que le hice, y levantándose de la silla me abrazó estrechamente: «á su talento, ingenio y patriotismo, será el Rey y la España deudores de la reconquista de aquella fortaleza, llave de la Nueva España. No tenia yo noticias de que se ocupase de semejante negocio el capitan general, yo le creí que solamente se cuidaba de los asuntos de esta Isla. Ahora estoy convencido de que es un hombre superior á lo que creen muchos hombres:» y me preguntó que si me parecia conveniente que fuese el dia siguiente á verle y hablarle al Sr. Vives. No hallé inconveniente y que S. E. le confirmaría lo mismo que le habia dicho yo. Nos despedimos y me marche á mi posada.

A puerta cerrada, me ocupé en trabajar el plan de la reconquista del Castillo de San Juan de Ulúa y la Ciudad de Veracruz, y á las dos de la mañana me acosté, y me lebanté

á las siete y media. Fui á Palacio y Vives estaba en su despacho. Le di cuenta de mi mision cerca del Brigadier La Oliva, y de su conformidad en todo.

«Estaba me dijo, estendiendo unos apuntes de los cuerpos que deben componer la espedicion, y el estado mayor que debe acompañarla.» Me los leyó, y le dije: «Olvida Vd. doscientos hombres de Caballeria desmontados.» «¿Para qué son necesarios esos ginetes, para conquistar un castillo y una ciudad?» «Para mucho, despues de conquistada la fortaleza y la ciudad, los soldados tienen que comer carne fresca, y otros articulos de primera necesidad. Tiene V. en la Isla unos treientos lanceros zambos de costa firme que vinieron refugiados de costa firme con el general Morales. Esos soldados no sirven de nada en esta isla, y en Méjico pueden servir mucho, son escelentes caballistas y en extremo valientes. Nuestro confidente en Veracruz, Remigio Sanabria, es un gran oficial de Caballeria, que militó con Bobes en Costa firme, y entre los zambos que hay en esta Isla, se encuentran sargentos que le conocen y servido con él. Realizada la espedicion y una vez en Veracruz, se pondrá Sanabria á la cabeza de doscientos zambos y en pocos dias organizará con los mulatos de tierra caliente un escelente cuerpo de Lanceiros como los de los Llaneros de Apure. Esta Caballeria servirá además para allegar al ganado vacuno de todas las inmediaciones de Veracruz; y viendo que se les paga puntualmente las reses, los Jarochos las traieran espontaneamente al mercado y á los almacenes. Los Caballistas, necesitan llevar á lo ménos diez caballos, para que con ellos, puedan requerir y montar los doscientos ginetes, pues van al país de los caballos y de los lazos.» «Tiene V. razon, y las que me dá no tienen réplica,» me dijo Vives, y lo anotó á sus apuntes.

«Ahora es conveniente que se digne V. estenderme un plan exacto de las operaciones que debe emprender la vanguardia de la espedicion que vaya á Veracruz y el Castillo de San Juan de Ulúa, segun la demostracion verbal que me hizo V. dias pasados, y el conocimiento práctico que tiene V. del terreno.» «Críticamente lo trabajé anoche en mi posada, reflexionando ser esta la obra preliminar de toda operacion.» Saqué de mi bolsjilo y se lo entregué. Lo leyó y aprobó en todas sus partes, y se lo guardó. «Voy á llamar al Brigadier

La Oliva y conferenciar con él acerca de este plan, y pasado mañana vaya V. á la calzada de San Lázaro, á la misma casa en donde estuvimos ayer, á cosa de las diez de la mañana, y espéreme V. allí sino hubiese concurrido á la hora precisa.» Me despedí, y me marché á ver al Padre Bringas.

Le encontré tan alegre y contento. Me preguntó: «¿cómo van las cosas?» Le contesté que á medida de mis deseos; que trabajaba con el Sr. Vives, y á mi parecer dentro de poco tendria resultados favorables. «No quiero saber más de secretos ¿qué sabe V. de las cosas de Méjico por el último paquete?» Le referí cuanto me decía Remigio Sanabria. «Están metidos en una guerra civil espantosa que no vá á tener fin; sólo nuestro plan de Nueva Orleans, hubiese arreglado las cosas de aquel desgraciado País,» me replicó el P. Bringas.

Fui á visitar al Señor de Empáran que me convidó á comer y hablamos largamente de la situacion de Méjico y del apuro en que se encontraban los españoles que quedaron en aquellas tierras.

A los dos dias fui puntual á la cita de la calzada de San Lázaro, y no habiendo venido todavia el Sr. Vives, estube en conversacion con las Señoras y Señoritas de la casa, hasta las once y media, y me convidaron á almorzar, suponiendo que todavia estaria en ayunas. Acepté y almorcé bien. Dieron las doce y no parecía, y como ya había almorzado, determiné esperar al General hasta la noche.

A la una apareció por fin y me pidió mil perdones por el planton que me había hecho hacer, escusándose con los muchos quehaceres y urgentísimos que había tenido. Enseguida pasamos al jardin y á nuestra glorieta. «Ayer estubo La Oliva á verme, está loco de contento y encantado de V. Le enseñé el plan de operaciones y me dijo que el mejor General y el más savio ingeniero, no pudiese haberlo trazado con más exactitud y acierto; que no dudaba de la reconquista del Castillo y la plaza de Veracruz, sin derramamiento de sangre. Y que estaba dispuesto á encargase del mando de la columna, siempre que yo le acompañase.» Por mi parte le dije que estaba corriente.

Vives guardando siempre el mismo secreto; y este, no lo poseiamos mas que él, La Oliva y yo. Al General D. Angel Laborde, no se le dijo nada. Vives y La Oliva se ocupaban con el mayor secreto y actividad, en elegir la tropa que se